



James Joyce

Después de la
Carrera

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

DESPUÉS DE LA CARRERA

JAMES JOYCE

PUBLICADO: 1914

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

DESPUÉS DE LA CARRERA

Los coches avanzaban rápidamente hacia Dublín, corriendo uniformemente como bolitas en la ranura de la carretera de Naas. En la cima de la colina en Inchicore, los espectadores se habían reunido en grupos para ver a los coches dirigiéndose hacia casa, y a través de este canal de pobreza e inacción, el continente aceleraba su riqueza e industria. De vez en cuando, los grupos de personas levantaban el clamor de los oprimidos agradecidos. Su simpatía, sin embargo, era para los coches azules, los coches de sus amigos, los franceses.

Los franceses, además, eran prácticamente los vencedores. Su equipo había terminado sólidamente; se habían ubicado en segundo y tercer lugar y se informaba que el conductor del coche alemán ganador era belga. Por lo tanto, cada coche azul recibía una doble bienvenida cuando llegaba a la cima de la colina, y cada grito de bienvenida era reconocido con sonrisas y asentimientos por aquellos en el coche. En uno de estos coches elegantemente contruidos había un grupo de cuatro jóvenes cuyos espíritus parecían estar actualmente muy por encima del nivel del galicismo exitoso: de hecho, estos cuatro jóvenes estaban casi hilarantes. Eran Charles Ségouin, el propietario del coche; André Rivière, un joven electricista de origen canadiense; un enorme húngaro llamado Villona y un joven elegantemente arreglado llamado Doyle. Ségouin estaba de buen humor porque había recibido inesperadamente algunos pedidos por adelantado (estaba a punto de abrir un establecimiento de automóviles en París) y Rivière estaba de buen humor porque iba a ser nombrado gerente del establecimiento; estos dos jóvenes (que eran primos) también estaban de buen humor debido al éxito de los coches

franceses. Villona estaba de buen humor porque había tenido un almuerzo muy satisfactorio; y además era un optimista por naturaleza. Sin embargo, el cuarto miembro del grupo estaba demasiado emocionado para ser genuinamente feliz.

Tenía unos veintiséis años, con un bigote suave, de color castaño claro y ojos grises que parecían bastante inocentes. Su padre, que había comenzado su vida como un nacionalista avanzado, había modificado sus opiniones temprano. Había hecho su dinero como carnicero en Kingstown y abriendo tiendas en Dublín y en los suburbios había hecho su dinero muchas veces. También había tenido la suerte de conseguir algunos de los contratos de la policía y, al final, se había hecho lo suficientemente rico como para ser mencionado en los periódicos de Dublín como un príncipe mercante. Había enviado a su hijo a Inglaterra para ser educado en un gran colegio católico y, posteriormente, lo había enviado a la Universidad de Dublín para estudiar derecho. Jimmy no estudiaba con mucho entusiasmo y se dedicó a malas compañías por un tiempo. Tenía dinero y era popular; y dividía su tiempo curiosamente entre círculos musicales y de automovilismo. Luego lo enviaron por un trimestre a Cambridge para ver un poco de la vida. Su padre, remonstrativo, pero secretamente orgulloso del exceso, había pagado sus cuentas y lo había traído a casa. Fue en Cambridge donde conoció a Ségouin. Todavía no eran mucho más que conocidos, pero Jimmy encontraba gran placer en la compañía de alguien que había visto tanto del mundo y que se decía que era dueño de algunos de los hoteles más grandes de Francia. Una persona así (como su padre estaba de acuerdo) valía la pena conocer, incluso si no hubiera sido el encantador compañero que era. Villona también era entretenido, un pianista brillante, pero, desafortunadamente, muy pobre.

El coche avanzaba alegremente con su carga de juventud hilarante. Los dos primos se sentaban en el asiento delantero; Jimmy y su amigo húngaro se sentaban atrás. Decididamente, Villona estaba de excelente humor; mantenía un profundo zumbido bajo de melodía durante millas del camino. Los franceses lanzaban sus risas y palabras ligeras sobre sus hombros y a menudo Jimmy tenía que inclinarse hacia adelante para captar la rápida frase. Esto no era del todo agradable para él, ya que casi siempre tenía que hacer una conjetura hábil sobre el significado y gritar una respuesta adecuada

frente a un fuerte viento. Además, el zumbido de Villona confundiría a cualquiera; también el ruido del coche.

El movimiento rápido a través del espacio eleva a uno; también lo hace la notoriedad; también lo hace la posesión de dinero. Estas eran tres buenas razones para la emoción de Jimmy. Muchos de sus amigos lo habían visto ese día en compañía de estos continentales. En el control, Ségouin le había presentado a uno de los competidores franceses y, en respuesta a su confuso murmullo de cumplido, la cara morena del conductor había revelado una línea de dientes blancos brillantes. Era agradable después de ese honor regresar al mundo profano de los espectadores entre codazos y miradas significativas. Luego, en cuanto al dinero, realmente tenía una gran suma bajo su control. Ségouin, quizás, no pensaría que era una gran suma, pero Jimmy, que, a pesar de errores temporales, era en el fondo el heredero de instintos sólidos, sabía bien con qué dificultad se había reunido. Este conocimiento había mantenido previamente sus cuentas dentro de los límites de una imprudencia razonable y, si había sido tan consciente del trabajo latente en el dinero cuando se trataba meramente de alguna locura de la inteligencia superior, ¡cuánto más ahora cuando estaba a punto de arriesgar la mayor parte de su sustancia! Era algo serio para él.

Por supuesto, la inversión era buena y Ségouin había logrado dar la impresión de que era por un favor de amistad que el poco dinero irlandés iba a ser incluido en el capital del negocio. Jimmy tenía respeto por la astucia de su padre en asuntos comerciales y, en este caso, había sido su padre quien primero sugirió la inversión; dinero para ser hecho en el negocio de los automóviles, montones de dinero. Además, Ségouin tenía el inconfundible aire de riqueza. Jimmy se puso a traducir en días de trabajo ese lordly coche en el que se sentaba. Qué suavemente corría. ¡Con qué estilo habían venido avanzando por los caminos del campo! El viaje puso un dedo mágico en el pulso genuino de la vida y valientemente la maquinaria de los nervios humanos se esforzaba por responder a los cursos oscilantes del rápido animal azul.

Condujeron por Dame Street. La calle estaba ocupada con un tráfico inusual, llena de los bocinazos de los automovilistas y los gongs de los conductores de tranvía impacientes. Cerca del Banco, Ségouin se detuvo y Jimmy y su amigo descendieron. Un pequeño grupo de personas se reunió en la acera para rendir homenaje al motor resoplando. El grupo iba a cenar

juntos esa noche en el hotel de Ségouin y, mientras tanto, Jimmy y su amigo, que se hospedaba con él, iban a casa a vestirse. El coche se dirigió lentamente hacia Grafton Street mientras los dos jóvenes se abrían paso a través del grupo de mirones. Caminaron hacia el norte con una curiosa sensación de decepción en el ejercicio, mientras la ciudad colgaba sus pálidos globos de luz sobre ellos en una neblina de noche de verano.

En la casa de Jimmy, esta cena había sido considerada una ocasión. Un cierto orgullo se mezclaba con la trepidación de sus padres, una cierta ansiedad también por jugar rápido y suelto, ya que los nombres de grandes ciudades extranjeras tienen al menos esta virtud. Jimmy también lucía muy bien cuando estaba vestido y, mientras se paraba en el vestíbulo dando un último toque a los lazos de su corbata de etiqueta, su padre pudo haber sentido incluso una satisfacción comercial al haber asegurado para su hijo cualidades a menudo inalcanzables. Por lo tanto, su padre estaba inusualmente amistoso con Villona y su manera expresaba un respeto real por los logros extranjeros; pero esta sutileza de su anfitrión probablemente se perdía en el húngaro, que comenzaba a tener un agudo deseo de cenar.

La cena fue excelente, exquisita. Ségouin, decidió Jimmy, tenía un gusto muy refinado. El grupo fue aumentado por un joven inglés llamado Routh, a quien Jimmy había visto con Ségouin en Cambridge. Los jóvenes cenaron en una acogedora habitación iluminada por lámparas de vela eléctricas. Hablaron volublemente y con poca reserva. Jimmy, cuya imaginación se encendía, concibió la juventud viva de los franceses elegantemente entrelazada sobre el firme marco de los modales del inglés. Una imagen elegante de él, pensó, y una justa. Admiraba la destreza con la que su anfitrión dirigía la conversación. Los cinco jóvenes tenían diversos gustos y sus lenguas se habían soltado. Villona, con inmenso respeto, comenzó a descubrir al levemente sorprendido inglés las bellezas del madrigal inglés, lamentando la pérdida de viejos instrumentos. Rivière, no del todo ingenuamente, se encargó de explicar a Jimmy el triunfo de los mecánicos franceses. La resonante voz del húngaro estaba a punto de prevalecer en la ridiculización de los laúdes espurios de los pintores románticos cuando Ségouin condujo a su grupo hacia la política. Aquí había terreno congenial para todos. Jimmy, bajo influencias generosas, sintió despertar el celo enterrado de su padre dentro de él: finalmente despertó al torpe Routh. La habitación se volvió doblemente caliente y la tarea de Ségouin se hizo más difícil cada momento:

incluso había peligro de resentimiento personal. El anfitrión alerta, en una oportunidad, levantó su copa a la Humanidad y, cuando se había bebido el brindis, abrió una ventana significativamente.

Esa noche la ciudad llevaba la máscara de una capital. Los cinco jóvenes paseaban por Stephen's Green en una débil nube de humo aromático. Hablaban en voz alta y alegremente y sus capas colgaban de sus hombros. La gente les dejaba paso. En la esquina de Grafton Street, un hombre bajo y gordo estaba subiendo a dos damas elegantes a un coche a cargo de otro hombre gordo. El coche se fue y el hombre bajo y gordo vio al grupo.

— ¡André!

— ¡Es Farley!

Siguió un torrente de conversación. Farley era estadounidense. Nadie sabía muy bien de qué se trataba la conversación. Villona y Rivière eran los más ruidosos, pero todos los hombres estaban emocionados. Se subieron a un coche, apretujándose entre risas. Pasaron por la multitud, ahora fusionada en colores suaves, con la música de campanas alegres. Tomaron el tren en Westland Row y en unos pocos segundos, como le pareció a Jimmy, estaban saliendo de la estación de Kingstown. El recolector de billetes saludó a Jimmy; era un hombre mayor:

— ¡Buena noche, señor!

Era una serena noche de verano; el puerto se extendía como un espejo oscuro a sus pies. Avanzaron hacia él con los brazos enlazados, cantando Cadet Roussel en coro, golpeando sus pies en cada:

— ¡Ho! ¡Ho! ¡Hohé, vraiment!

Se subieron a un bote de remos en el embarcadero y se dirigieron al yate del estadounidense. Iba a haber cena, música, cartas. Villona dijo con convicción:

— ¡Es encantador!

Había un piano de yate en la cabina. Villona tocó un vals para Farley y Rivière, Farley actuando como caballero y Rivière como dama. Luego un baile cuadrado improvisado, los hombres ideando figuras originales. ¡Qué diversión! Jimmy participó con ganas; al menos, esto era ver la vida. Luego Farley se quedó sin aliento y gritó — ¡Basta! —. Un hombre trajo una cena

ligera y los jóvenes se sentaron a comer por pura formalidad. Sin embargo, bebieron: era bohemio. Brindaron por Irlanda, Inglaterra, Francia, Hungría, los Estados Unidos de América. Jimmy dio un discurso, un discurso largo, Villona diciendo — ¡Bravo! ¡Bravo! — cada vez que había una pausa. Hubo un gran aplauso cuando se sentó. Debió de ser un buen discurso. Farley le dio una palmada en la espalda y se rió a carcajadas. ¡Qué compañeros tan joviales! ¡Qué buena compañía eran!

¡Cartas! ¡Cartas! La mesa fue despejada. Villona volvió tranquilamente a su piano y tocó voluntarios para ellos. Los otros hombres jugaron partida tras partida, lanzándose audazmente a la aventura. Brindaron por la Reina de Corazones y por la Reina de Diamantes. Jimmy sintió vagamente la falta de una audiencia: el ingenio brillaba. El juego se puso muy intenso y comenzó a pasar dinero en papel. Jimmy no sabía exactamente quién estaba ganando, pero sabía que él estaba perdiendo. Pero era culpa suya, porque frecuentemente confundía sus cartas y los otros hombres tenían que calcular sus pagarés por él. Eran unos demonios, pero deseaba que pararan: se estaba haciendo tarde. Alguien propuso un brindis por el yate *The Belle of Newport* y luego alguien sugirió una gran partida final.

El piano se había detenido; Villona debía de haber subido a cubierta. Fue una partida terrible. Se detuvieron justo antes del final para beber por la suerte. Jimmy entendió que el juego estaba entre Routh y Ségouin. ¡Qué emoción! Jimmy también estaba emocionado; perdería, por supuesto. ¿Cuánto había escrito? Los hombres se levantaron para jugar las últimas bazas, hablando y gesticulando. Routh ganó. La cabina retumbó con los vítores de los jóvenes y las cartas fueron amontonadas. Luego comenzaron a recoger lo que habían ganado, Farley y Jimmy eran los mayores perdedores.

Sabía que se arrepentiría por la mañana, pero en ese momento estaba contento de descansar, contento de la oscura estupidez que cubriría su locura. Apoyó los codos en la mesa y descansó la cabeza entre sus manos, contando los latidos de sus sienes. La puerta de la cabina se abrió y vio al húngaro de pie en un haz de luz gris:

— ¡Amanece, caballeros!

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB